

EL CASTELLANO

SEMANARIO CATÓLICO

Redacción y Administración.

Calle de la Plata, núm. 13.

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

PAGO ADELANTADO.

Suscripción.

Un año.....	2,00 pesetas.
Número suelto.....	0,05 "
Idem atrasado.....	0,10 "

¡Los amigos del pueblo...!

Que el pueblo es un niño que nunca pasa de las primeras letras, si es que a ellas llega, bien a la vista está.

Ni la experiencia le enseña, ni las repetidas lecciones le instruyen, ni los deseos de escarmentar, ni las mil esperanzas burladas le hacen más cauto.

Continúa dejándose fascinar por el primero que le brinda con el oro y el moro.

En todo tiempo le han salido muchos falsos amigos, muchos falsos cristos que, con fugida redención, le han engañado.

Y no obstante, erre que erre. Va tras ellos y corre en pos de los sabiendos que, con charlatanería inaudita, pintaule sotada feicidad y le brindan con ideales absurdos que, por dicha, nunca serán realizables.

Es verdad que los tales redentores se presentan con el brillante aparato de una mentira y falsa ciencia, tronando contra todos los elementos que constituyen la vida religiosa y social, para aparecer como los solos libertadores, los solos desinteresados, los que únicamente, por amor al pueblo, han llevado una vida de heroísmo y abnegación.

Sí, aman muchísimo al pueblo, tal vez demasiado, como el lobo al cordero inocente.

En sus periódicos, en sus clubs, en sus reuniones, repiten en todos los tonos: nosotros somos los que verdaderamente amamos al pueblo; nosotros nos ocupamos de sus intereses; nosotros queremos arrancarlo de la esclavitud del capital; queremos fundar una sociedad nueva, en la que el obrero libre no será explotado por el patrono, en la que cada uno será feliz y vivirá contento.

Esto dicen: y para realizar su programa, excitan las pasiones populares; preparan los alborotos y mítins; reclutan obreros, mujeres y hasta niños, y después de infiltrar en sus pobres inteligencias ideas disolventes, los echan al arroyo, armados, en una forma u otra, para que sirvan de carne de cañón.

¿Y qué sucederá?

Si ganan, suben á costa de los infelices, y después los olvidan, si es que con el pie no arrojan la escalera que les ha servido para encumbrarse. Si les sale mal, dejan á los pobres en las calles ó encima de las barricadas para que con ellos se entienda la justicia y el código militar.

De donde resulta que el pueblo siempre pierde; pues mientras el dinero, las buenas palabras, la impunidad, en su caso, son la porción ó parte de los jefes, el pueblo no saca más que golpes y descalabraduras.

Un famoso comunero de París decía: «es preciso coger el pollo sin hacerlo gritar». Por eso, para los redentores del pueblo, la clase obrera, á la que ellos tanto alaban, ensalzan y dicen amar tanto, es simplemente un gallinero, donde ellos, zorros viejos, olfatean los pollos y conocen á maravilla el arte de deplumarlos sin que chillen ni se den cuenta.

Y, sin embargo, el pueblo ha creído y sigue creyendo en esos hombres, oyendo sus discursos y leyendo sus periódicos como si sus palabras fueran otros tantos dogmas de fe. Cuando abrirá los ojos y dejará de ser seducido por esas frases huecas, en boca de aquéllos, de libertad, igualdad y fraternidad?

Presentamos para muestra unos cuantos botones de esos ídolos del pueblo, de esos que no han tenido otra religión que la adoración á sí propios.

Empecemos por Eugenio Sué, el gran demócrata, el amigo del pueblo, el autor de los *Misterios de París*, de *El Judio Errante* y de otras novelas muy célebres que casi han llegado á ser el Evangelio de los obreros. Este bravo reivindicador de los derechos del pueblo contra los sacerdotes, los nobles y los ricos, tenía más de 24.000 libras de renta, que el pobre pueblo no vio jamás; llevaba una vida de sibarita; era goloso como una carpa; su elegancia rayaba en

el ridículo; su cuarto de dormir estaba todo tapizado de satén blanco, y su cama era de marfil; en fin, todos los refinamientos de la voluptuosidad se reunían en su casa de la ciudad, en aquel modesto asilo de la democracia.

Pero hay más: Eugenio Sué jamás escribía sobre el lujo de los ricos, ó sobre la hipocresía de los sacerdotes, ó sobre los sufrimientos del pueblo, sino con suavísimos guantes, y tan pronto como estaban un poco ajados, el señor llamaba democráticamente á uno de sus tres lacayos que, empolvado, con media de seda y gran librea, se presentaba llevando á su amo un nuevo par de guantes sobre una bandeja de oro cincelado.

El ilustre M. Havin, el profeta de *El Siglo*, dejó al morir unas pequeñas economías, que ascendían á catorce miserables millones. Al leer su periódico se le creía el más infeliz y miserable de los nacidos, y por lo visto su periódico, como el de muchos otros, era todo un negocio redondeado por los incautos.

El grande, el austero Victor Hugo, el magnífico poeta, cantor de las modernas teorías librepensadoras, era también un padre afligido por una renta de más de 300.000 libras. Su infame libro *Los Miserables* le produjo de un golpe un par de millones; siempre, por supuesto, se han caído las larguezas que su gran corazón humanitario le obligaban á hacer á sus queridos cientos de las clases trabajadoras; y se porque era tan avaro y egoísta, que se dice, que él mismo blasouaba de su ruidad y tacatería.

LA MALA PRENSA Y EL CLERO

La Asociación del Clero, de que hemos hablado en números anteriores de *EL CASTELLANO*, tiene unos hermosos Estatutos donde se halla admirablemente expresada la vida de la Sociedad. No hay, por lo tanto, para dar ésta a conocer, sino exponer sucintamente los puntos más culminantes de aquéllos; lo que vamos a ejecutar con la mayor posible concisión.

El fin de la Sociedad es amparar y defender el prestigio de los asociados, reclamando con arreglo á la ley contra los escritos públicos que ofendan á los socios ó lesionen sus derechos.

Los medios que para conseguir su fin ha de emplear la Asociación, son los legales; bien procediendo contra los responsables de los escritos ofensivos ante los Tribunales de justicia en la vía y forma pertinentes, bien obligando á la rectificación de toda falsedad, según se estime oportuno.

Esta doble acción social no puede ejercitarse sin dispendios, y para proveer á ellos existe el caudal social formado con el importe de las cuotas de entrada y anuales con que contribuyen los socios, siendo quince pesetas la de entrada y doce la anual. Además, los socios responden subsidiariamente, y de una manera igual, del pago de cuantos gastos puedan ocasionarse en el caso de ser insuficientes el efecto los fondos de la Sociedad.

Pueden pertenecer á ésta, no solamente los Sacerdotes, sino también los ordenados *in sacris*, con tal que unos y otros tengan corrientes sus licencias ministeriales y sean admitidos á formar parte de la Asociación, pudiendo todos los socios dejar de serlo cuando gusten, pero sin derecho ninguno ni á reivindicar las cuotas que hubieren satisfecho, ni á extimir del cumplimiento de los deberes que sobre ellos gravitan por razón de causas pendientes en el momento de su separación de la Sociedad.

La cual funciona por medio de Juntas generales y de una Junta Directiva.

Las Juntas generales son las reuniones á que son convocados todos los socios. Debe celebrarse una ordinaria todos los años, y además las extraordinarias que el Presidente juzgue oportunas ó que por escrito sean solicitadas por la mitad más uno de los socios; siendo atribuciones de las Juntas generales modificar los Estatutos, aprobar las cuentas, resolver los asuntos

que por su gravedad crea necesario someterlos á la Junta Directiva y nombrar ésta.

La Junta Directiva, que es el alma, digámoslo así, de la Sociedad, se compone de un Presidente inamovible y de cuatro Vocales anovables, uno de los cuales ejerce el cargo de Tesorero y otro el de Secretario, debiendo renovarse de estos cuatro dos solamente cada dos años.

A la Junta Directiva compete admitir socios; recibir las renuncias de los que se separen; expulsar á los que se hagan indignos de pertenecer á la Sociedad; velar por el mayor esplendor de ésta; conocer de todos los escritos ofensivos para los socios; decidir el procedimiento que contra aquéllos ha de promoverse; examinar los escritos de rectificación y designar los periódicos en que han de publicarse; elegir Abogados que defiendan y Procuradores que representen á los socios ofendidos, en el caso de creer procedente la vía judicial; cooperar con la mayor posible eficacia al buen éxito de todas las gestiones, sin perdonar trabajo ni economizar gastos; obtener la venia del Prelado para que los socios puedan comparecer ante los Tribunales seculares; hacer, en fin, cuantas gestiones se considere precisas para la realización del fin de la Sociedad, debiendo los socios acatar y cumplir las resoluciones y respetar los actos de la Junta Directiva hasta el punto de que ninguno tiene derecho á prescindir de una querrela, una vez que la Junta Directiva la haya considerado procedente, ni á valerse de Abogado determinado en causa propia, aun cuando quiera abonar particularmente los honorarios del mismo, como la Junta Directiva no lo crea oportuno.

¡Bendita Asociación que ha producido ya maravillosos efectos!

Pero de esto nos ocuparemos, Dios mediante, en otro artículo.

PENSAMIENTOS

La buena Prensa.

Un buen periódico es una misión perpetua en una Parroquia.

Es necesario oponer los esfuerzos de la buena Prensa á los de la mala.

Seguramente que no se engañaría el que atribuyese en primer lugar á la mala Prensa el exceso del mal y el deplorable estado de cosas á que hemos llegado.

LEÓN XIII.

Una historia que parece cuento.

Recientemente se ha descubierto por un explorador alemán, en el Nilo azul, una estela de muchísima importancia histórica para conocer las tradiciones de la humanidad. Es de granito rojo, de cerca de dos metros de altura por ciento treinta centímetros de anchura y veinte centímetros de espesor. Tiene la figura ordinaria de las antiguas estelas de Egipto y está cuidadosamente labrada por las dos caras. En la cara que hace de anverso aparece, en la parte superior de la estela, una figura como de Júpiter tonante, con la diestra en aptitud de arrojar los rayos de su ira sobre la turba de hombres y mujeres prostrados á sus pies, cuyos rostros, en parte blancos y en parte negros, llevan impresas las señales del terror. El resto del anverso y todo el reverso se halla cubierto enteramente por jeroglíficos, parecidos á los de Egipto, pero diferentes de ellos en muchos detalles.

Los mejores egiptólogos alemanes, franceses, ingleses é italianos, con algunos rusos y noruegos, han trabajado lo indecible para descubrir el significado de las figuras y la significación de las letras, sin que hasta la fecha se hayan podido poner de acuerdo en todos los puntos; por mas que convengan en la significación general de la estela y de su contenido.

Así que, prescindiendo de detalles, que no

hacen á nuestro propósito y que están demás en un trabajo de esta índole, vamos á poner á los lectores de *EL CASTELLANO* el corriente de lo que dicen los sabios sobre la referida estela, su origen y su contenido.

No puede dudarse del origen egipcio del monumento, tanto por la forma de las figuras y de los caracteres, como por lo que sabemos de la penetración—frase moderna—pacífica ó guerrera de los egipcios en el continente africano, y sobre todo en los afluentes del Nilo. En efecto, la historia egipcia escrita en jeroglíficos sobre los muros de los templos de Karnak, de Abydos, de Menfis y de otros puntos; sobre las rocas de las dos cordilleras que limitan el Egipto por Oriente y Occidente; sobre las estufes, las estatuas de los reyes, los sepulcros de reyes y maguatos, los fétros de los difuntos, los hipogeos de los Apis y de otros animales más ó menos sagrados, y sobre multitud de papiros encontrados en las excavaciones practicadas por egiptólogos de todos los países, la historia egipcia, repetimos, nos enseña que los egipcios no solamente rodearon el Africa con sus naves, sino que penetraron en el interior, sosteniendo guerras cruentas con los libios del Norte y con las tribus del Sur, y con los negros de los países de los lagos, tan frecuentemente representados unos y otros en los monumentos que ha descubierto la ciencia europea desde el primer tercio del siglo pasado hasta nuestros días.

Es verdad, que tanto los jeroglíficos de la estela de nuestra historia, como los grabados que la sirven de coronas, difieren algo de la factura egipcia; pero eso no es obstáculo para que en ella reconozcan los sabios un origen común con sus similares del alto y del bajo Egipto.

Supuesto lo cual, y dando por sentado que la estela es de origen egipcio, aunque quizá anterior al reino de Menes, entremos ya en la explicación de sus figuras y la interpretación de sus signos; siendo esta última parte la principal y como la clave para la inteligencia de la primera.

Así, pues, la imponente figura que lanza rayos sobre los mortales es *Horo*, aunque otros intérpretes le dan otro nombre distinto, creyendo que no se trata de un dios egipcio, sino de un dios africano; para el caso es lo mismo, y dejáremos á los sabios la tarea de investigar el verdadero nombre y atributos del personaje. Los que se ven prostrados á sus pies son los hombres discolorados y rebeldes en el acto de ser convertidos de blancos en negros por sus crímenes y rebeldías contra *Horo*. Todo lo cual aparece claro con la leyenda adjunta, cuya versión es la siguiente:

«Horo, el elemento, el hijo de Osiris, el hijo de Isis, el creador de la tierra, y de los ríos, y de los montes, y de las llanuras, y de los árboles, y de los peces, y de las aves, y de los animales terrestres, y del hombre, á quien colocó en esta tierra deliciosa del Dahomey (ó de Tanganika, según leen otros), para que la cultivara y viviera de sus frutos, sirviendo á su Dios y á los padres de su Dios, Osiris é Isis, sus genitores, cansado de las iniquidades de sus criaturas y viendo que no le daban la adoración debida, ni entre sí se portaban como hermanos, sino como enemigos, haciéndose todo el daño posible, sin respecto á los mandamientos de la divinidad, sin vergüenza de sus malos actos ni de sus depravadas voluntades, quiso traerlos al camino recto de la virtud, enviándoles sequías, enfermedades, peste; hambres y otras calamidades públicas y particulares, movido del amor que conserva en su pecho para los hombres.

Más éstos, lejos de enmendarse y dejar sus vicios, continuaron su mala vida, siendo peores cada vez y más malos cada día, sin querer enmendarse ni corregirse, á pesar de las amenazas de exterminio que Horo, su padre y criador, les hizo en muchas ocasiones por el amor que les profesó. En vista de lo cual, Horo, el benigno, el misericordioso, el piadoso, el amante de los hombres, sus hijos, determinó reunirlos en asambleas generales sobre los campos del Dahomey (aquí la misma discrepancia entre los intérpretes de los jeroglíficos que antes hemos notado), para proponerles un medio fácil de recon-